

El embudo de cuero

DE ARTHUR CONAN DOYLE



mi amigo Lionel Dacre vivía en París. Ocupaba, en la avenida Wagan, una hermosa casa con césped al frente y una reja, que se veía a la izquierda bajando del arco del triunfo, que, presumo, debía existir antes de que abrieran la avenida, pues la hiedra devoraba las tejas grises, y el tiempo jaspeaba de verdín los muros descoloridos. De apariencia imponente, con sus cinco ventanas en la fachada, y con una recámara única en el fondo de la casa. En ella Dacre había instalado, al mismo tiempo que su extraña biblioteca, todos esos objetos fantásticos en los que su manía y lo festivo de sus amigos encontraban iguales satisfacciones. Rico y de humor excéntrico, había consagrado gran parte de su vida y de su fortuna a formar una colección, con reputación de única, sobre el Talmud, la cábala y la magia. Se inclinaba por naturaleza a lo maravilloso y lo monstruoso, y me atrevería a decir que su búsqueda en la vía de lo desconocido había franqueado los límites de lo permitido y de lo honesto. Con sus compatriotas, se abstenía de toda alusión a esa suerte de cosas y se daba tono de sabio y de diletante; pero un francés de aficiones análogas me ha certificado que los peores excesos de la misa negra se habían perpetrado en esa espaciosa y elevada bóveda, en donde se alineaban sus libros y sus vitrinas.

Sólo por el aspecto de Dacre ya se adivinaba que el interés que tenía en las cuestiones psicológicas era de orden intelectual más que moral. En sus rasgos toscos, ninguna traza de ascetismo, más mucha fuerza mental en la amplitud de su bóveda craneana, que se curvaba sobre los ralos mechones de su cabello, como

una cima nevada por encima de una hilera de pinos. Poseía más conocimientos que sabiduría, y mayores medios que carácter. Sus grandes ojos brillantes, profundamente hundidos en su rostro carnoso, chispeantes de inteligencia, traicionaban una infatigable curiosidad por la vida; pero eran los ojos de un sensual, y de un egoísta.

Pasemos de largo. Ya murió, pobre diablo, murió en el momento mismo en que se creía seguro de haber descubierto el elixir de la vida; no es de lo complicado de su carácter que me ocupo ahora, sino del incidente tan extraño y del todo inexplicable que selló mi visita a su casa en los primeros días de la primavera de 1882.

Había conocido a Dacre en Inglaterra, durante mis investigaciones en la sección asiria del *British Museum*. El mismo, entonces se esforzaba en encontrar un sentido místico y esotérico a las tablas babilónicas. Esa similitud de intereses nos acercó. Algunas observaciones, al azar, nos llevaron a charlas cotidianas, y después a relaciones próximas a la amistad. Tuve que prometerle que no pararía en París sin verlo. El día en que pude cumplir mi promesa, vivía yo en un chalet en Fontainebleau. Los trenes de la tarde eran poco cómodos. Me pidió que pasara la noche en su casa.

—No tengo, de hecho, más cama disponible que ésta —me dijo, mostrando un amplio sofá—. Espero que os arreglaréis del mejor modo posible.

¡Singular cuarto de dormir esa pieza de muros muy altos y toda repleta de volúmenes! Por otra parte, no podría haber otro más agradable para un bibliófilo de mi especie, pues

ningún perfume puede ser más grato a mi nariz que el indefinido y sutil olor de los viejos libros. Le aseguré a Dacre que me ofrecía la recámara de mis sueños, el marco adecuado a mis deseos.

—Pese a que en esta instalación no se han tomado en cuenta ni las convenciones ni las conveniencias, ha costado muy cara —me dijo, inspeccionando de un golpe de vista los estantes—. He gastado cerca de un cuarto de millón en los objetos que os rodean. Libros, armas, joyeles, esculturas, tapices, estampas, no hay nada aquí que no tenga su historia, y una historia digna de ser contada.

Se había sentado, mientras que hablaba, en uno de los ángulos de la chimenea, y yo había tomado asiento en el otro. Sobre una mesa de lectura la luz de una fuerte lámpara describía una circunferencia dorada. Un palimpsesto a medio enrollar estaba en el centro. Todo un baratillo fantasmagórico se esparcía en torno. Ahí se encontraba, por ejemplo, un gran embudo, del género de los que se emplean para llenar los toneles: parecía ser de madera negra, y provisto en el borde, de un aro de cobre deslustroso.

—He aquí —señalé— un objeto curioso. ¿Cuál es su historia? —Me lo he preguntado yo también, y mucho daría para saberla —dijo Dacre—. Tomad el embudo, examíndlo.

Hice como dijo, y constaté que lo que yo creía madera era cuero, mas terriblemente endurecido por los años, el embudo podía contener un litro. Además de su aro de cobre en el borde, tenía un remate de metal en su orificio inferior.

—¿Qué pensáis vos? —me dijo mi amigo.

—Creería de buena gana —respondí— que debió pertenecer a algún tabernero o a un tratante de malta. He visto en Inglaterra jarros de cuero del siglo XVII, *blackjacks*, como se les llamaba. Eran de color idéntico, e igual de duros.

—Mi embudo data, seguramente de la misma época. Pero, si mis sospechas no me engañan, era un tabernero poco común quien hacía uso de él..., ¡Y qué uso! ¿No observáis nada extraño en la extremidad del tubo?

Llevé el objeto a la luz, y constaté que a cinco o seis centímetros del extremo de cobre, el cuello estrecho del embudo estaba sembrado de excoiaciones y de incisiones, como si alguien hubiera trazado entalladuras con una hoja mellada. Le notaba en ese lugar un ligero reblandecimiento en la superficie endurecida y negra.

—Alguien trató de cortar el tubo.

—¿Podéis decir «cortar»? Está roto y desgarrado. Cualquier instrumento que hayan usado, fue necesario mucho vigor para imprimir tales marcas sobre un material tan resistente. ¿No es ésta vuestra opinión? Vos sabéis mucho más de lo que decís.

Dacre sonrió, y vi en sus ojos la mirada de un hombre que sabía.

—¿Habéis incluido en vuestros estudios la sicología de los sueños? —me preguntó.

—Ignoraba que hubiera una.

—Mi querido señor, ese estante, allá, encima de la vitrina de las piedras preciosas, está repleto de obras, comenzando con las de Alberto el Grande, que no trata de otra cosa. Esto da una ciencia.

—Una ciencia de charlatán.

—El charlatán es siempre el precursor. Del astrólogo precede el astrónomo, del alquimista el químico, del magnetizador el sicólogo experimental. El empirista de ayer es el profesor de mañana. Los fenómenos sutiles e ilusorios como los sueños se ordenarán ellos mismos un día, y

se sistematizarán. Las investigaciones de los amigos cuyos libros se alinean en este anaquel de biblioteca habrán dejado entonces de entretener a los místicos, para convertirse en los fundamentos de una ciencia.

—¡Sea! ¿Pero qué tiene que ver la ciencia de los sueños con un embudo, grande, negro y circundado de cobre?

—Os lo diré. Vos sabéis que tengo siempre un agente en pos de piezas raras para mi colección. Supo en estos últimos días que en un prendero de los muelles había adquirido algunas antiguallas, del fondo de un armario procedente de una vieja casa del Barrio Latino. El comedor de esa arcaica morada está decorado con escudos de armas que, habiéndose verificado, pertenecen a un alto funcionario de Luis XIV, Nicolás de La Reynie. Sin duda, los objetos del armario datan de los primeros tiempos del reinado de Luis XIV. De lo cual se desprende que pertenecieron a Nicolás de La Reynie, cuyo cargo, hasta donde yo sé, consistía en mantener y aplicar las leyes draconianas de la época.

—¿Y luego?

—Tomad otra vez el embudo, examinad de nuevo el borde de cobre, ved si distinguís algo así como unas letras.

Desde luego, el metal tenía algunas marcas pero, casi borradas. En su conjunto, hacían el efecto de caracteres alfabéticos, de los cuales el último tenía algún parecido con una B.

—¿Creéis que es una B?

—Así lo creo.

—Yo también. A decir verdad, no tengo la menor duda.

—Pero el gentil hombre de quien habláis tenía una R como inicial.

—Perfectamente. Y esto es lo curioso del problema. Poseía ese curioso objeto, pero marcado con iniciales ajenas. ¿Por qué?

—No tengo idea. ¿Y vos?

—Yo, quizás. ¿Habéis observado una especie de dibujo a lo largo del aro?

—Se diría que una corona.

—Y lo es. Al examinarlo bajo una buena luz, os convenceréis de que no es una corona cualquiera, sino es una corona heráldica, insignia de rango: cuatro perlas alternando con hojas de apio silvestre, emblema de marquesado. Deduciremos de ello que la persona cuyas iniciales terminan con una B tenía calidad para llevar esa corona.

—Entonces, ¿ese vulgar embudo pertenecía a un marqués?

Una sonrisa ambigua afloró a los labios de Dacre.

—O a alguna persona de la familia de un marqués —dijo—. Es lo que demuestran claramente las marcas de ese aro.

—¿Y qué relación puede tener esto con los sueños?

Si fue el rostro de Dacre lo que me impresionó, o algo indefinible en su actitud, lo ignoro; mas un sentimiento de repulsión, de horror instintivo, me sobrecogió, mientras consideraba ese bloque de viejo cuero nudoso.

—Debo a los sueños más de una información importante —dijo mi amigo con ese tono didáctico, con esa afectación que asumía con frecuencia—. Ahora todas las veces que tengo una duda sobre un punto dado a propósito de un objeto cualquiera, coloco ese objeto cerca de mí cuando me acuesto, y espero el esclarecimiento. Lo que sucede no me parece muy oscuro, aunque no haya recibido aún la consagración de la ciencia ortodoxa. De acuerdo con mi teoría, todo objeto que se encuentra asociado a una emoción humana, alegría o dolor llevada al paroxismo, conserva cierta atmósfera, cierta facultad de asociación, susceptible de comunicarse a un espíritu sensible.

Por espíritu sensible, no entiendo un espíritu normal, sino un espíritu cultivado por la educación, como el vuestro o el mío.

—¿Queréis decir que si, por ejemplo, tuviera cerca de mí, al dormir-

me, la vieja espada que cuelga en vuestro muro, soñaría algún sangriento suceso en el cual jugó su papel?

—Excelente ejemplo. Pues el caso es que, habiendo yo hecho de esa guisa con la espada, he visto en mi sueño la muerte de su amo, muerto en una escaramuza, que no puedo autenticar, pero que se produjo durante la Fronda. Piense en ello, algunas de nuestras costumbres populares muestran que el fenómeno era conocido por nuestros antepasados, que lo tenían, en su sabiduría, clasificado entre las supersticiones.

—¿Cómo por ejemplo?

—Como por ejemplo la costumbre de colocar detrás de la almohada el pastel de la casada, para que al dormir, ésta le procure buenos sueños. Y es una de las pruebas múltiples que cito, como lo veréis, en una *plaquette* que estoy escribiendo. Para regresar a nuestro embudo, lo puse a mi lado una noche al acostarme, y tuve un sueño que, ciertamente, arroja una luz singular sobre su función y su origen.

—¿Qué es lo que soñasteis?

—Soñé...

Una inspiración súbita animó su figura corpulenta.

—¡Buena idea, *by Jove!* —dijo—. He aquí un buen experimento para hacerse. Vos debéis ser un excelente sujeto síquico, con nervios que responden vivamente a las impresiones.

—Nunca me he puesto a prueba.

—Ahora vamos a poneros. ¿Puedo pedirlos que accedáis, ya que estaréis acostado aquí esta noche, a tener este viejo embudo cerca de vuestra almohada?

La petición me pareció grotesca. Mas yo también tengo, en mi complejo temperamento, sed de lo extraño y de lo fantástico. No concedía ningún crédito a la teoría de Dacre; no tenía la menor esperanza en el resultado de semejante experimento, y, sin embargo, me divertía que éste se intentara. Dacre, con la mayor gravedad de mundo, dispuso en la cabecera del sofá un lugar en

el que puso el embudo, y después de una breve charla, me dio las buenas noches y me dejó solo.

Me quedé un rato fumando ante el fuego que se consumía sin llamas, dándole vueltas en mi imaginación al curioso incidente ocurrido y al extraño experimento por venir. No obstante mi escepticismo, no dejaba de sentirme un poco perturbado por la seguridad de Dacre; y esa decoración insólita, ese enorme cuarto poblado de objetos extravagantes, a menudo siniestros, me predisponía a graves pensamientos. Me desvestí, finalmente, apagué la lámpara, y me tendí. Y he aquí, fielmente descrita, la escena que vi en sueños. Acude a mi memoria más nítida que ninguna otra de las que haya sido testigo estando despierto.

Me encontraba en una especie de sala baja. Cuatro arcos surgían de los lados y se unían para sostener la bóveda cóncava. La arquitectura era basta pero potente. Esa sala formaba parte, evidentemente de un gran edificio.

Tres hombres de negro, cubiertos con tocas de terciopelo que se ensanchaba en lo alto, ocupaban un estrado tapizado de rojo. A su izquierda estaban, de pie, dos hombres con largos ropajes portando unas carteras que parecían repletas de voluminosos expedientes; a su derecha, y dándome la cara, una mujer pequeñita y rubia, con ojos de un limpio azul, ojos de niño. Pasaba de la primera juventud, sin que se pudiera decir que había alcanzado la edad madura. De porte vigoroso, respiraba orgullo y confianza. La palidez no alteraba la serenidad de su rostro. ¡Curioso rostro! Atrayente y felino, a la vez con un no sé qué de sutil crueldad en su boca recta y fuerte, de mandíbulas vigorosas. Llevaba una especie de ropón blanco muy vaporoso. Un sacerdote la asistía: desmedrado y ferviente, no cesaba de murmurar palabras al oído, ni de blandir un crucifijo ante ella. Ésta, sin embargo, volteaba la

cara, y por encima del crucifijo, fijaba su mirada obstinadamente en los tres hombres de negro, que comprendí eran sus jueces.

Cuando contemplaba este espectáculo, los tres hombres se levantaron.

Dijeron algunas palabras, que me fue imposible distinguir, aunque podía asegurar que era el hombre de en medio quien hablaba. Después, los tres dejaron la sala, seguidos de los dos que llevaban los expedientes. En el mismo instante, varios mocetones de severo rostro, gallardos, bajo sus tiesas casacas, entraron muy afañosos. Quitaron primero los paños rojos, después los armazones del estrado, de manera de despejar completamente la sala. Retiraron todo esto, aparecieron unos muebles sorprendentes. Uno de ellos parecía una cama, con ruedecillas de madera en cada uno de sus extremos, y una manivela para regular su extensión. Otro tal parecía un potro. Observé algunos otros tanto más curiosos, y cantidad de cuerdas suspendidas a unas poleas. Todo producía el efecto de un gimnasio moderno.

Entonces, un nuevo personaje entró en escena. Todo de negro, alto, flaco, con rasgos cansados y austeros. Su sola vista me hizo estremecer. Sus vestiduras consteladas de manchas, lustrosas de grasa. Manifestaba una pausada dignidad que me impresionó, como si desde su entrada hubiera tomado el mando a pesar de su físico basto, y de su vestimenta sórdida, aquí estaba su negocio, su lugar, su misterio. Llevaba en su brazo izquierdo un rollo de cuerdas ligeras. La dama lo miró de arriba abajo con aire interrogador, pero sin que nada se reflejara en su rostro, que seguía expresando confianza, y aun desafío. Por el contrario, el rostro del sacerdote se cubrió de una palidez mortal, y en su frente, que se inclinaba, vi gotas de sudor. Elevaba las manos en gesto de plegaria, y, ladeado, musitaba sin cesar palabras confusas al oído de la dama.

Avanzando hacia ella, el hombre de negro tomó con su brazo izquierdo una de las cuerdas y le ató las manos. Ella se las tendió con dulzura. Entonces, con energía brutal la asió y la condujo hacia el potro, que le llegaba poco más arriba de la cintura. La alzarón sobre éste y la acostaron sobre el lomo, mientras el sacerdote, trémulo de horror, emprendía la huída. Un movimiento rápido animó los labios de la mujer: sin oírla, yo sabía que oraba. Sus piernas pendían a los dos lados del potro.

Me di cuenta de que los ayudantes le habían anudado en las muñecas las cuerdas, cuyos extremos habían sujetado a unos anillos de hierro fijos en el enlosado.

El corazón parecía salirse del pecho mientras seguía esos lúgubres preparativos; pero fascinado por la atrocidad del espectáculo, me era imposible apartar los ojos. Apareció un hombre, llevando en cada mano una cubeta de agua; después otro, que llevaba una sola cubeta. Se pusieron en fila al lado del potro. El segundo de ambos hombres traía en la otra mano algo así como un cucharón de madera de mango largo. Se lo dio al hombre de negro. Inmediatamente, se acercó uno de los ayudantes, llevando un objeto de color oscuro, el cual, aun en mi sueño, creí reconocer vagamente: era un embudo de cuero. Con espantosa energía, ajustó el tubo... pero no pude soportar más. Mis cabellos se erizaron. Empecé a retorcerme y a forcejear; tanto, que rompiendo los lazos del sueño, me reintegré con un agudo grito, a mi vida real, y me hallé, convulso de espanto, en la inmensa biblioteca; sobre el muro opuesto a la ventana, el claro de luna tendía una caprichosa red de manchones claros y sombríos. ¡Ah! ¡Que alivio el mío de sentirme de nuevo en pleno siglo XIX, evadido de entre esas bóvedas contemporáneas de la Edad Media, vuelto a un mundo en que los hombres tienen un corazón de hombre en el pecho! Me incor-

poré en la cama, estremecidos todos mis miembros; el espíritu escindido entre el horror y la gratitud. ¡Pensar que tales cosas pudieran llevarse a cabo, pudieran jamás realizarse sin que Dios castigara con la muerte a los culpables! La fantasía de un sueño me confundía, ¿o si verdaderamente algo semejante había sucedido en los días negros y crueles de la historia? Hundí mis sienes palpitantes entre mis manos, que temblaban y de repente, creí que mi corazón se detenía. El sobrecogimiento no me dejó fuerza ni siquiera para emitir un sonido. Una sombra venía hacia mí a lo largo del cuarto oscuro, incapaz de razonar y de rezar, permanecí como petrificado, mirando la sombra aproximarse a través de la vasta cámara. Cortó el sendero blanco abierto por el claro de luna, y, entonces, recuperé el aliento: había reconocido a Dacre. Por su rostro vi que estaba tan aterrado como yo.

—¿Sois vos?... Por el amor de Dios, ¿qué tenéis?— me preguntó con voz enronquecida.

—¡Ah, Dacre! ¡Qué feliz soy de veros! ¡Regreso del infierno! ¡Horrible cosa!

—¡Así pues, ¿fuisteis voz quien ha lanzado ese grito?

—Sin duda.

—Ha sacudido a toda la casa, y aterrizado a los sirvientes.

Frotando un fósforo encendió de nuevo la lámpara.

—Podríamos reanimar el fuego. —Añadió mientras echaba leños sobre las brasas—. ¡Dios santo, querido!, pero si estáis muy pálido. ¿Acabáis de ver un aparecido? —No es un aparecido lo que acabo de ver, ¡fueron varios!

—Entonces, ¿el embudo de cuero ha funcionado? —No quisiera, por todo el oro del mundo, revivir esta noche infernal.

Dacre sonrió con ironía.

—Bien me imaginé —dijo— que le deberíais una noche movida. Por otra parte, me habéis pagado con la

misma moneda: un grito como el vuestro, a las dos de la madrugada, no tiene nada de gracioso. Me imagino, por vuestras palabras, que habéis visto toda la espantosa escena.

—¿Cuál espantosa escena?

—El tormento del agua, el «tormento extraordinario», como se diría en los buenos tiempos del Rey Sol. ¿Visteis el espectáculo hasta el fin?

—¡No, a Dios gracias! me desesperé antes de que nada hubiera empezado efectivamente.

—Tanto mejor para vos. Yo, por mi cuenta, llegué hasta la tercera cubeta. ¡Ah, ésta es una historia antigua! Todos los actores del drama se encuentran hoy en la tumba. Cómo los encontramos aquí, es lo que deberíamos saber. No tenéis, supongo, ninguna idea de lo que habéis visto.

—El tormento infligido a una mujer criminal. Y terriblemente criminal, sin duda, si sus crímenes fueron en proporción a su pena.

—Tenemos ese pequeño consuelo —dijo Dacre recogiendo los pliegues de su bata, y acurrucándose cerca del fuego—: Sus crímenes fueron proporcionales a su pena. Admitiendo al menos, que no me equivoqué acerca de la persona.

—¿Cómo la podríais conocer?

Por toda respuesta, Dacre tomó de la biblioteca, un viejo volumen encuadernado en pergamino.

—Escuchad esto —dijo—. Es francés del siglo diecisiete. Os lo traduciré, bien que mal. Vos juzgaréis si he descifrado o no el enigma.

La prisionera fue conducida ante las Altas Cámaras y Tournelles del Parlamento que sesionaban como corte de justicia, a efecto de ser interrogada acerca del asesinato del señor Dreux d'Aubray, su padre, y de los señores d'Aubray, sus hermanos, el uno consejero en el Parlamento, el otro teniente civil. Parecía difícil de creer que ella hubiera cometido tales crímenes, al ver su breve talla, su tez blanca y sus ojos azules. No obstante, la corte, habiénd-

dola encontrado culpable, la condenó a tormento ordinario y extraordinario, a fin de que señalara por la fuerza a sus cómplices, después de lo cual sería llevada a la plaza de Grève, para allí ser cortada su cabeza, quemado su cuerpo y sus cenizas hechas al viento.

Esto lleva fecha del 16 de julio de 1676.

—Interesante —dije—, mas no concluyente. ¿En dónde encontraréis la prueba de que la mujer del libro y la mía sean una sola?

—Allá voy. La continuación del relato precisa la actitud de la mujer durante el tormento.

Cuando el verdugo se acercó, ella lo reconoció por las cuerdas que llevaba y le tendió las manos, desafiándolo con la mirada, sin pronunciar una palabra.

—¿Qué os parece este detalle?

—Del todo conforme.

Examinó sin inmutarse el potro y los anillos, que habían retorcido tantos miembros y arrancado tantos gritos de agonía. Cuando sus ojos tropezaron con las tres cubetas de agua que habían traído para ella dijo, sonriendo: «¡Ah!, Señor, han traído esta agua para ahogarme. ¿No querréis hacer que trague tanta una persona de mi talla?

—Os leeré los detalles del tormento.

—¡No, por Dios, hacedme gracia de ello!

—He aquí lo que os probaré que la escena descrita en este libro es la misma a la que acabáis de asistir:

El buen abate Pirot, incapaz de soportar la vista de las angustias padecidas por su penitenta, había huido de la sala.

—¿Esto os convence?



—Del todo. El suceso del relato es ciertamente el de mi sueño. Mas ¿quién era, pues, esa mujer dotada de tantos atractivos, y que tuvo un fin tan trágico?

Dacre sin responder, colocó la pequeña lámpara sobre la mesa, al lado de mi cama, y alzando el embudo fatal, acercó el arco de cobre a la luz. Visto así, las marcas se destacaban más claras que la víspera.

—Ya hemos identificado —dijo— el sello de un marqués o de una marquesa. Hemos establecido, además, que la última letra es una B.

—Incuestionablemente.

—En mi opinión, las otras letras, de izquierda a derecha, son dos *emes* mayúsculas, una *d* minúscula, una *a* mayúscula, una *d* minúscula, y la última una gran *B*.

—Tenéis sin duda, razón. Distingo exactamente las dos *des* minúsculas.

—Lo que os acabo de leer es el proceso verbal oficial del juicio de María Magdalena d'Aubray, marquesa de Brinvilliers, una de las más célebres criminales de la historia.

Guardé silencio, perturbado como estaba por el extraordinario inciden-

te cuyo sentido acababa de ser tan completamente aclarado por Dacre. Recordaba confusamente ciertas particularidades de la vida de esa mujer, su gusto desenfadado por el libertinaje; las largas torturas que había infligido con sangre fría a su padre enfermo; el asesinato de sus hermanos por mezquinas razones de interés. Me acordaba así mismo de su valeroso fin, que la había redimido, hasta cierta medida, de la abominación de su vida, y que todo París, preso de compasión por ella, en sus últimas horas la había bendecido como mártir des-

pués de haberla maldecido como envenenadora. Un reparo, uno sólo acudía a mi espíritu: ¿Por qué sus iniciales y su corona marcaban el embudo? ¡El respeto a la nobleza no iba tan lejos como para decorar con sus rúbricas los instrumentos de tortura!

—Es una circunstancia que me ha intrigado —respondió Dacre—. Admite una explicación, muy simple. El proceso suscitó una conmoción excepcional, y nada más natural que La Reynie, jefe de la policía, quisiera guardar, como recuerdo el siniestro embudo. No sucedía todos los días que una marquesa de Francia sufriera la tortura extraordinaria; uno se explica que para edificación de otros hiciera grabar en el objeto las iniciales de la Brinvilliers.

—¿Y esto? —pregunté, mostrando los rasguños en el cuello del embudo.

—Fue una tigresa —dijo mi amigo, retirándose—; creo que como todas las tigresas tenía los dientes agudos y fuertes.

